



1911) en este relato magistral nos habla de una:

inoportuna

ando encontró una atractiva e una colina, se instaló en el a entrada, desde donde podía bañado por el sol, y el luego ditar sobre los cambios que desde su último paso por la asis era imposible en el planea incesantemente, de manera con las extraordinarias muta- tirlo, había ocurrido durante o le preocupaba su indumen- ia que las prendas que vestía ía en evidencia la disparidad de las otras mujeres. No iba a buscaba hasta que, de una ara hacerse indistinta de ellas. cubrió la cabeza con un trapo a. Al menos así, pensaba, la

los ojos, vio a dos niños que ca de la cueva. La habían visto no le prestaban gran atención. Rosenda volvió a cerrar los que le abrió, los niños habían un casi todos los días, y se cierta distancia de la cueva. da ignoraba era que los niños que había una extraña mujer el mismo lugar, día tras día. de la colina había un cuartel aviación, se había pedido a los un de la presencia de cualquier visto en los alrededores.

os habló con un guardia civil presencia de una mujer en la a de lo cual Santa Rosenda fue de soldados, que la obligaron el jeep que aguardaba en el del bosque. La acribillaron a scuchaba sin acabar de comia contestar. Dejándose llevar as que por otra cosa, Santa trarse complaciente y dejarles el vez podría averiguar lo que e ella. Además, el obrar una vanecerse ante ellos le habría delicadeza. Eso era algo que ado.

a la comisaría, donde le fue r nada de lo que ocurría a su llevaron a un hospital. A la en la entrada le explicaron que ía. Otra enfermera condujo a uartito, donde la dejó sola, con El doctor encargado de exami- a verla cuando fue introduci- extravagante vestimenta y el cabeza le hicieron sospechar frazado. Cuando la enfermera

le dijo que la mujer no podía hablar, sus sospechas crecieron.

"Vamos a ver", dijo para sus adentros, y abrió la puerta del cuarto en que Santa Rosenda había sido encerrada. Hacía un momento Santa Rosenda, indignada de que la hubieran dejado en un cuarto tan pequeño y harta de todos esos trámites absurdos, se había esfumado. El cuarto estaba vacío. Enfurecido, el doctor llamó a la enfermera, y le dijo que su descuido había facilitado la fuga de quien probablemente era un peligroso criminal. La enfermera replicó que ella había atrancado la puerta y que, de todas formas, según ella, la mujer era una idiota y no otra cosa. Sin embargo, se dio parte a la policía y se organizó una busca, que comenzó en el interior del hospital.

Santa Rosenda observaba a las enfermeras y a los internos que recorrían el edificio buscando en todos los cuartos. Partida de tontos, pensaba. No podía imaginar qué querían conseguir de ella, pero desconfiaba de sus intenciones. Flotaba por el edificio, observando el desorden que había provocado, cuando se vio dentro de un vestidor, donde las enfermeras dejaban su ropa de calle para ponerse los uniformes. Era el golpe de suerte que había esperado. Vestidos, suéteres y abrigos colgaban de los ganchos a lo largo de la pared, y muchos de los armarios estaban abiertos, con más prendas para examinar. No tardó diez minutos en escoger los artículos que necesitaba, había zapatos que le venían bien, y descubrió una gran bufanda de seda italiana, que usó en lugar del trapo para cubrirse la cabeza. Ahora, pensaba, podría circular por cualquier calle sin llamar la atención. Para poner a prueba su disfraz, salió andando por la puerta principal del hospital, y pasó inadvertida.

La ciudad no se parecía a ninguna que Santa Rosenda hubiera visto. Las calles estaban atestadas de gente, y aunque nadie parecía estar muy alegre, ella suponía que celebraban una especie de fiesta. Los automóviles (que a su manefa de ver eran carruajes) despedían gases malolientes al pasar. Después de unos minutos de contacto con la muchedumbre, quedó convencida de que su disfraz era adecuado; se marcharía al campo para buscar un paraje tranquilo, y no volvería a poner los pies en una ciudad.

De pronto, entre la mezcla de olores de la calle, reconoció el débil aroma de la mirra de los incensarios. A su izquierda, una puerta abierta dejaba ver el interior de una iglesia. Santa Rosenda giró sobre sus talones y entró.

Inmediatamente se dio cuenta de que todo andaba mal. La iluminación interior era casi tan intensa como la luz del día, y no venía de las velas. La música no era la apropiada. Se quedó escuchando, hasta que el cura comenzó a hablar. No se entendían sus palabras. De pronto, horrorizada, Santa Rosenda se dio cuenta de que no hablaba en

latín sino en la lengua que se oía en la calle.

Sin pensar en otra cosa que en llegar hasta el hombre para restañar el torrente de sacrilegios, Santa Rosenda corrió hacia el altar. Los pocos que la vieron no intentaron detenerla. Aun cuando se vio frente al cura, éste, que la miraba con fijeza, siguió entonando mecánicamente las abominables palabras.

Con ambas manos, Santa Rosenda le dio un empujón en el pecho, y por un instante forcejearon, mientras la gente se acercaba precipitadamente. Durante la breve contienda la bufanda de seda cayó de la cabeza de la santa, y ante los ojos de todos el círculo de luz resplandeció sobre su cabello. Santa Rosenda no aguardó para ver las reacciones del cura o la congregación, sino que recobró su normal estado de invisibilidad. La degradación de la misa era una transformación que no estaba dispuesta a consentir, y dejó de sentir el deseo de estar en la Tierra. Podría regresar algunos años más tarde; esperaba que para entonces todo habría sido puesto en orden.

